

## RESEÑAS DE LIBROS

Gustavo M. Vargas, *Fusang; Chinos en América antes de Colón*, Ed. Trillas, México, 1990, 168 pp.

LA OBRA DEL PROFESOR VARGAS QUE AQUÍ reseñamos consta de tres capítulos: 1) "La hipótesis china del descubrimiento de América en el siglo v: documentos sobre Fusangguo"; 2) "El arribo a Catayo de Cristóbal Colón" y 3) "Proyectos españoles del siglo xvi para la conquista pacífica de China".

El tercer capítulo del libro parece casi idéntico a un artículo del mismo título escrito por el profesor Vargas, que apareció en *Ponencias del Segundo Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos* (Colmex, 1987), pp. 400-424. Este capítulo aporta gran variedad de información interesante y útil sobre el tema de las relaciones sino-hispanas desde los primeros contactos hasta fines del siglo xvi y revela la hábil explotación de un buen número de fuentes de primera mano.

El segundo capítulo, también excelente, toca el tema de Marco Polo y su relato sobre Catayo en relación con la carrera de Cristóbal Colón; de paso, se consideran algunos de los grandes navegantes chinos del siglo xv, como el almirante eunuco Cheng Ho (?1371-1435), quien entre 1405 y 1433 organizó no menos de siete expediciones oceánicas entre China, el sur de Asia y África.

El primer capítulo del libro constituye un intento por reivindicar la llamada "hipótesis de Fusang", tantas veces refutada ya durante el transcurso de casi dos siglos, según la cual un monje budista chino llegó al Nuevo Mundo hacia el año 458 d.c., permaneció allí unas cuatro décadas y regresó a China en el año 499, donde dictó sus memorias sobre el acontecimiento, las cuales fueron publicadas en el año 628 como parte de *Liang shu* (Historia de la dinastía Liang). En esta misma revista ("Nuevos estudios sobre el problema de Fusang", *Estudios de Asia y África*, número 83) he considerado detalladamente esta hipótesis y sobre todo algunos de los estudios más destacados sobre el tema emprendidos durante los últimos treinta años. En dicho artículo tomo en general como apoyo un magnífico estudio monográfico escrito por el profesor Lo Jungch'ü de la Universidad de Pekín, que fue publicado en la revista *Li-shih*

*yen-chiu* (Investigaciones históricas), 1983, núm. 2, pp. 42-59,<sup>1</sup> según el cual tanto el supuesto viaje transpacífico como la identidad del monje “chino” constituyen un tejido de equivocaciones, malentendidos y ocasionales distorsiones intencionales de los hechos. Esta opinión también la comparte plenamente la sinología occidental; por ejemplo, Joseph Needham (*Trans-Pacific Echoes and Resonances; Listening Once Again*, Singapur/Philadelphia, 1985, pp. 2-3) dice: “Las controversias que inició de Guignes sobre la identificación de la tierra de Fu-sang con el continente americano son bien conocidas y no vale la pena repetir las aquí; baste con decir que las ubicaciones más probables de Fu-sang siguen siendo Karafuto, Kamchatka, las islas Kuriles y quizás Japón mismo”.<sup>2</sup> El profesor Vargas presenta la traducción completa del párrafo sobre Fu-sang que está en el *Liang shu*, párrafo que fue vertido al español por el profesor Yuan Haoyi, de la Universidad de Pekín (Vargas, pp. 20-22). Para desgracia del profesor Vargas —y, de paso, del lector común e inocente del chino— el profesor Yuan pasa por alto un detalle, pequeño pero crucial en el contexto, en la primera oración del relato. El profesor Yuan traduce (p. 20): “Al país de Fusang se le conoce desde la ocasión en que un monje llamado Hui Sheng [sic; leer Hui Shen] vino del dicho país [. . .]”. El texto chino —que encontramos convenientemente puesto en la página opuesta (p. 21)— dice al respecto *ch'i* (“su; aquel, dicho”; refiriéndose al nombre Fu-sang previamente mencionado) *kuo* (“país”) *yu* (“había/tenía”) *sha-men* (*ramana*, o sea “monje budista”) *Hui-shen* (“*prajna*” “profunda”) *lai* (“vino”), o sea, “En dicho país había un monje llamado Hui-shen, quien vino”, etc. No cabe la menor duda de que el texto en chino, donde el nombre propio “Hui-shen” desempeña el papel doble del “pivote” o “eje”, al ser a la vez el sujeto de *lai* y el objeto directo de *you*, identifica explícitamente a Hui-shen como natural de Fusang.<sup>3</sup> Puesto que sus cinco compañeros

<sup>1</sup> Republicado bajo el mismo título en: *La-ting Mei-chou-shih lun-wen-chi* (Ensayos sobre la historia de América Latina), Pekín, 1986, pp. 5-35. *Li shih yen-chiu* es el órgano oficial de mayor prestigio de los historiadores académicos de la República Popular China.

<sup>2</sup> El mismo autor escribió en 1971 lo siguiente (*Science and Civilisation in China*, vol. 2, 2a. parte, p. 549): “El supuesto descubrimiento del continente americano por monjes budistas en el siglo V d.C., es una de esas impertinencias juveniles que suelen hacer sonrojar a la sinología moderna. Como de costumbre, Joseph de Guignes fue el *enfant terrible* [. . .]”. Para la partícula *ch'i*, véase W.A.C.H. Dobson, *A Dictionary of the Chinese Particles* (Toronto, 1974), pp. 185-189.

<sup>3</sup> Sobre este punto el profesor Lo (*op. cit.*, p. 43) opina que “La gramática de esta frase es sencilla y clara [*chien-ming*]. Qué se opina al hecho de que Hui-shen era gente de Fu-sang es algo que nadie puede malentender”.

eran de Cachemira (*Chi-pin*), la idea de una expedición china cae por su propio peso. Otra obra citada por el profesor Vargas es el *Shih chou chi* (Relato de las diez islas). Si bien el profesor Vargas plantea ciertas dudas sobre la naturaleza de este texto (p. 14: "anónimo del siglo II a.c."; p. 16: "escrito este libro en el siglo V o VI de nuestra era"), afirma que "se puede concluir que, al menos esta parte del *Shih chou chi* tuvo la intención de ser un testimonio documental" (p. 17). Ésta ha sido la evaluación tradicional; parece, no obstante, que este relato sobre Fu-sang fue fabricado por devotos de la secta taoísta "Mao shan", quienes intentaron erigir en la región del este una estructura divina parecida a la del oeste, que pertenecía a la deidad rival Hsi-wang-mu (La madre reina del oeste); cfr. E.H. Schafer, *Mirages on the Sea of Time* (Berkeley, 1985), especialmente el capítulo (pp. 103-107) titulado "Fu-sang".<sup>4</sup> Una evidencia aparentemente nueva que ofrece el profesor Vargas es un mapamundi coreano (p. 15) del siglo XVIII que, según él, reproduce otro mapa chino del siglo XI. Aquí, desgraciadamente, el profesor Vargas despliega una cierta negligencia con las fuentes, la cual también desfigura su libro en otras partes. Ni aquí ni en la bibliografía se proporciona ninguna mención de la proveniencia de este interesante mapa o de cuáles son los hechos que lo vinculan con el supuesto prototipo chino. La reproducción misma está tan reducida que casi nada se ve claramente, y el autor no indica ni la orientación del mapa ni en qué lugar de éste se encuentra la isla identificada con el país de Fu-sang. Además, el texto que acompaña y que es un poco extraño (pp. 16-17), dice lo siguiente: "También están caracterizados en este mapamundi, muy al norte, las 'montañas del origen del hombre', 'el país del pueblo blanco' y con su nombre, la India". Ahora bien, si la India, que está al sur de la China, aparece al norte en el mapa, lógicamente los lugares que se encuentran en el este del mapa deben estar en el oeste. Esta confusión recuerda la de los chinos mismos, quienes solían colocar al Japón *al sur* de ellos (Lo, *loc. cit.*), y curiosamente concuerda con la conclusión del profesor Lo, previamente mencionado, de que: "La hipótesis de co-

<sup>4</sup> Según la traducción del *Shih chou chi* citada por el profesor Vargas (p. 16), "Éste es el territorio gobernado por el *Tai-zhen-dong-wang-fu*". Sobre este personaje observa el profesor Schafer (*op. cit.*, p. 105): "[...] that classical but undistinguished personage [was] invented long before to achieve metaphysical balance with the Royal Mother of the West. [...] He survives best in the attractive image of the Blue Lad, but is officially embodied in the austere figure of the Lord of Fu-sang". *Dong-wang-fu* (= *tung-wang-fu*) por supuesto hace un balance perfecto con el nombre *Hsi-wang-mu*; *tung-wang-fu* quiere decir "el padre real del este". Sobre el "Mozo Azul", véase Schafer, *op. cit.*, pp. 108-121, "Blue Lad and Fang-chu Palace".

locar el País de Fu-sang en algún lugar al este de la India sobre la ruta rumbo hacia la China, [. . .] me parece sumamente razonable" (Lo, pp. 55-56).<sup>5</sup> Por estas y otras razones considero que el primer capítulo del trabajo del profesor Vargas es el menos fuerte de los tres y socava seriamente el subtítulo de su obra, de otra manera sucintamente valiosa: "Chinos en América antes de Colón". Por probable que sea el que de una manera u otra, de grado o por la fuerza, algunos chinos sí hubieran llegado a nuestras costas antes del año 1492, en la instancia específica de Fu-sang, el profesor Vargas ha fallado, a mi parecer, en proporcionarnos las pruebas mínimas convincentes.<sup>6</sup>

RUSSELL MAETH CH.

Timothy Brook (comp.), *The Asiatic mode of production in China*, M.E. Sharpe, Inc., Nueva York, 1989, ix-xi, 204 pp.

EL DEBATE SOBRE EL MODO DE PRODUCCIÓN asiático (MPA) continúa y en la República Popular China (RPC) resurgió después de 1978. Este li-

<sup>5</sup> Cabe notar el hecho de que la expresión "Chung-kuo" en contextos budistas no siempre ni necesariamente se refería a la China. Como expresión budista, "Chung-kuo" quería decir "Madhyadeśa", nombre sánscrito del "reino central" i.e., la India centro norte; cfr. W.E. Soothill y L. Hodous, *A Dictionary of Chinese Buddhist Terms*, Taiwan, 1981). Un Fu-sang ubicado "20 000 leguas" al este de la India sería infinitamente más plausible que uno de las inhóspitas costas del Nuevo Mundo, frecuentadas no obstante —según los aficionados de las "hipótesis"— por naturales de Cachemira y adornadas con una variedad de flora y fauna nunca encontrada en ningún otro lugar en las Américas.

<sup>6</sup> Las ocasionales lagunas en el argumento del profesor Vargas se deben quizá en parte a ciertas insuficiencias de su bibliografía. Aparte de Klaproth (1831), se omiten todas las refutaciones clásicas de la hipótesis de Fusang, e.g., Schlegel (1890), Cordier (1920), Laufer (1931), y Needham (1971 y 1985), con cuya consideración crítica el profesor Vargas probablemente podría haber fortalecido sus argumentos por mucho. Tampoco se incluyen obras potencialmente favorables a su posición, tales como los dos libros de Paul Shao; *Asiatic Influences in Precolumbian American Art* (1976) y *The Origin of Ancient American Cultures* (1983). Y para el lector hispanoparlante, *Influencias de Asia en las culturas precolombinas; estado actual de las investigaciones* (1978), por Walter Gardini, es imprescindible. Para datos adicionales sobre estas obras y algunas más, véase Russell Maeth Ch., "Para leer "Trans-Pacific Echoes and Resonances", en *Estudios de Asia y África*, xxii, 4 (núm. 74), 1987, pp. 629-636 y "Nuevos estudios sobre el problema de Fu-sang" (artículo aparecido en este mismo número).

bro compilado por Timothy Brook, autor asimismo de la introducción, consiste en la traducción de once artículos escritos por estudiosos chinos sobre este tema. Consideramos que el gran mérito del libro radica en presentarle al lector occidental interesado las discusiones y los avances sobre el MPA que se llevan a cabo en la RPC. Asimismo, al final de la obra hay una extensa bibliografía que consta de 126 referencias a diversos artículos sobre el MPA, publicados durante 1978-1988, en revistas de diferentes universidades e institutos de la RPC. La bibliografía presentada por orden alfabético (transcripción fonética pinyin) será de interés y de gran utilidad para el lector occidental conocedor del chino.

En la introducción, Brook presenta varios aspectos relacionados con el tema del MPA. En primer lugar, destaca la dicotomía Este-Oeste, esto es, sociedad estática *vs.* sociedad dinámica, y la influencia que esa posición heredada de Hegel tuvo sobre el pensamiento de Marx. Continúa luego con la discusión que existe alrededor del MPA, la forma asiática de producción y la sociedad oriental, todos ellos conceptos esbozados por Marx, y señala lo que ya sabe cualquier interesado sobre el MPA: Marx no amplió más sus ideas sobre Asia porque su interés primordial era el desarrollo del capitalismo en Europa.<sup>1</sup> Brook presenta las controversias surgidas en la URSS, y la influencia que tuvieron, así como la dogmatización posterior de la investigación sobre el MPA. La sección más interesante es la discusión respecto del MPA en China que, con excepción de los años de 1958-1959 (Gran Salto Adelante) y 1965-1977 (Gran Revolución Cultural Proletaria), ya había surgido desde 1951 en la prensa académica china. El interés y aumento de tales artículos desde 1978, se debe según Brook "...al retiro de algunas de las restricciones a la investigación intelectual que fueron impuestas durante la década de la Revolución Cultural" (p. 16).

A través de los artículos elegidos para conformar este volumen —los cuales fueron traducidos por Brook y un equipo— Brook presenta varias posturas no estrictamente delineadas de intelectuales chinos sobre el tema y la discusión del MPA.

La primera de dichas posturas es la de aquellos que defienden el concepto del MPA y que en esta selección está representada por tres artículos. El primero de ellos, escrito por Wu Dakun, se titula "Some questions concerning research on the Asiatic mode of production", y en él se señala que Marx, en el prefacio a *La contribu-*

<sup>1</sup> Véase P. Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1978 y la "Introducción" de E. Hobsbawm en Karl Marx, *Formaciones precapitalistas*, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 21, México, 1985.

*ción a la crítica de la economía política*, ya había concebido el MPA como un antecedente del periodo esclavista, dentro de un total de seis modos de producción. Más adelante Wu afirma que el estado asiático se estableció durante las llamadas Tres Dinastías (Xia, Shang y Zhou), maduró durante Chunqiu y Zhanguo y se transformó en un estado despótico y centralizado durante las dinastías Qin, Han y posteriores. Se trata de un artículo retórico que termina haciendo una evaluación del significado político del estudio del MPA, considerando que éste no sólo contribuirá al entendimiento de la historia china y de las políticas del Partido Comunista (i.e. las Cuatro Modernizaciones) sino que además evitará que se cometa el error de Lin Biao y de la Banda de los Cuatro: revivir el despotismo oriental del antiguo estado asiático.

El segundo artículo, escrito por Ke Changji, se titula "Ancient Chinese society and the Asiatic mode of production". Ke adopta la interpretación de Guo Momo y hace equivaler el MPA con la sociedad primitiva comunal; además, discute la categoría de las comunas rurales —base del estado oriental despótico y presentes desde la India hasta Rusia— que en China tomaron la forma, por un lado, de comunas del campo en forma de pozo y, por otro lado, del sistema llamado *shushe*, o propiedad estatal monárquica. Según este autor, la desaparición parcial del sistema de propiedad estatal junto con otras formas residuales de propiedad comunal son la razón del estancamiento de la sociedad china.

El tercer artículo, "The well-field system in relation to the Asiatic mode of production", fue escrito por Zhao Lisheng. A través del análisis del sistema de campos en forma de pozo y de las diversas fuentes en las que se hace referencia al mismo, Zhao concluye que esta propiedad era del tipo asiático y que representa la amalgama de dos elementos: una propiedad comunal imperfecta y una propiedad noble o privada imperfecta, la primera en descomposición y la segunda inmadura.

Una segunda postura está representada por cuatro artículos que plantean que el MPA corresponde a la sociedad primitiva, y que también niegan que este concepto sea exclusivo de China o Asia. El primero de estos artículos y cuarto del libro, titulado "The unproblematic Asiatic mode of production" y escrito por los autores de *An outline history of world antiquity*, se destaca por su tratamiento del MPA y del despotismo. Según los autores, la comuna y el estado despótico no guardan relación entre sí, pues por definición el MPA no se aplica a las sociedades clasistas; de lo que se trata es de la combinación de dos formaciones sociales diferentes que no llegan a constituir una unidad sino en las que una unidad se super-

pone a la otra. De esto se dan varios ejemplos: la comuna rusa bajo el gobierno del zar, la comuna javanesa bajo el imperialismo holandés, etc., en los cuales la comuna permanece con su carácter original. Asimismo, el artículo critica la asociación que se hace del MPA con la construcción de obras hidráulicas y con el despotismo, concluyendo que estos elementos no tienen ninguna relación causal. Por último se señala que el problema del MPA es la interpretación errónea de lo planteado por Marx, y que se trata de un concepto que también tiene aplicabilidad a otras civilizaciones tempranas.

Zhu Jiazhen en su artículo titulado "Some questions concerning research on the theory of the Asiatic mode of production", señala que según la teoría del materialismo histórico, el MPA es una forma económica que representa un periodo específico en el desarrollo de la sociedad y que no se refiere a un tipo de sociedad en particular; es necesario separar el MPA (que es una abstracción) del concepto de despotismo oriental que tenía remanentes de la comunidad primitiva. Al discutir la cuestión de los esclavos, el autor señala que el esclavismo aparece en oposición a la comuna debido a la captura de personas durante la guerra, mientras que la llamada "esclavitud colectiva" en China es la explotación del servilismo de los campesinos.

En su artículo "Further comments on the 'Asiatic mode of production'", Wang Dunshu y Yu Ke difieren un poco de los dos anteriores, pues estos autores señalan que el MPA no corresponde a la sociedad primitiva sino a una sociedad donde existen remanentes del comunismo primitivo; por otra parte, para ellos no es válido separar las dos formaciones como lo hacen otros autores, pues éstas se encuentran orgánicamente combinadas.

El último de los cuatro artículos de este conjunto, escrito por Qi Qinfgu, se titula "The 'Asiatic mode of production' is not a scientific concept". Qi señala que la comunidad primitiva y la comunidad agrícola deben diferenciarse, ya que esta última aparece durante el periodo de transición entre el fin de la sociedad primitiva y el inicio de la sociedad clasista. El autor toma el caso de la prefectura autónoma Xishuangbanna en Yunnan, de nacionalidad dai, para ejemplificar las características del MPA y para mostrar lo confuso y provisional de tal concepto en Marx.

Una tercera postura está representada en el libro por dos artículos que tratan de resolver la incoherencia tan criticada del concepto de MPA, señalando que éste es más bien un punto de transición entre el comunismo primitivo y la sociedad esclavista antigua; por lo tanto, hay seis modos de producción en el desarrollo histórico de

la sociedad. Sin embargo, coincidimos con Brook en que ambos artículos, a pesar de su originalidad, carecen de consistencia.

El octavo artículo del libro, de Song Min, se titula "The scientific validity of the concept of the Asiatic mode of production". En este artículo, Song afirma que Marx nunca abandonó el concepto de MPA, ya que éste representa una etapa social necesaria cuya base es la propiedad comunal de la tierra. Este concepto fue reforzado por el descubrimiento que realizó Morgan de las sociedades primitivas basadas en una organización clánica.

El siguiente artículo corresponde a Su Kaihua, y se titula "The meaning of the 'Asiatic mode of production' and the origin of the term". El autor señala que las comunidades aldeanas o agrícolas son diferentes de la comunidad clánica —que es la formación más antigua— e identifica la comunidad primitiva tribal con la comunidad nómada pastoril; es decir, que el MPA corresponde a una sociedad pastoril anterior al modo de vida agrícola y, por lo tanto, puede encontrarse tanto en Occidente como en Oriente.

La cuarta y última postura la representan dos artículos que proponen modelos multilineales, como una alternativa frente al unilinealismo de otros autores. El artículo de Hu Zhongda, titulado "The Asiatic mode of production and the theory of five modes of production", plantea que sobre la base de la definición que hace Marx del MPA se pueden establecer cinco características principales de éste: 1) la presencia de propiedad pública y propiedad estatal; 2) la existencia de comunidad aldeana; 3) el carácter autosuficiente de las comunas; 4) una extensión geográfica que no incluye sólo a China, y 5) la integración en la economía doméstica de la manufactura y la agricultura. La interpretación de Hu Zhongda se hace a partir del modo de producción de la comunidad primitiva, que se ramifica en tres modos que se ubican en un mismo nivel jerárquico: el modo de producción asiático, el modo de producción antiguo y el modo de producción feudal, los cuales tienen tres similitudes básicas: 1) el uso del hierro; 2) la agricultura como el sector económico más importante, y 3) la renta de la tierra como la forma típica de explotación.

El último artículo de este volumen, escrito por Ma Xin y titulado "The theory of Marx's 'Four modes of production'", señala la existencia de tres formas de propiedad: la asiática, la esclavista y la feudal, derivadas de una misma forma de propiedad primitiva y aboga por una interpretación no rígida de los conceptos de Marx.

Kathleen Hartford y Steven M. Goldstein (comps.), *Single sparks, China's rural revolutions*, Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe Inc., 1989, 216 pp. (Studies of the East Asian Institute Columbia University).

EN LOS ENSAYOS QUE COMPONEN este libro se percibe un considerable esfuerzo por explicar, mediante estudios locales y en áreas geográficas específicas, los factores que contribuyeron al triunfo de los comunistas en China.

En el primer capítulo, Kathleen Hartford y Steven M. Goldstein hacen un excelente análisis de las obras de autores que han estudiado la revolución china, destacando sus posiciones y la coyuntura política en que fueron escritas, así como las polémicas generadas respecto de los factores que contribuyeron al triunfo de los comunistas en 1949.

William Wei, en su ensayo que se centra en el periodo de Jiagnxi, en la primera parte de la década de 1930, argumenta que el factor determinante para la expulsión de los comunistas de su base de Jiangxi fue el bloqueo económico y de comunicaciones que impuso el Guomindang o Partido Nacionalista. Para realizar esto, la élite local y las fuerzas de seguridad le otorgaron un apoyo importante al Guomindang, a cambio de concesiones.

Gregor Benton, por su parte, examina la experiencia de las guerrillas sureñas, desde su aparente desaparición en 1934 hasta su reagrupamiento como parte del ejército que, en 1938, luchó contra los japoneses en el llamado Frente Unido. Estos guerrilleros lograron sobrevivir y permanecer fieles a los ideales del movimiento revolucionario comunista. Sin embargo, esos años de aislamiento los hicieron demasiado independientes, lo que les causó problemas cuando se unieron al ejército del Frente Unido.

Kathleen Hartford se dedica a estudiar el movimiento revolucionario en la base de Jin-Cha-Ji (Shanxi, Chahar, Hebei) desde 1938 hasta 1943. En contra de la idea de que la represión de los japoneses había intensificado el activismo y la determinación de los campesinos para unirse al movimiento comunista, Hartford sostiene que la represión redujo el activismo de las masas ya que el miedo a los japoneses les impedía actuar. El Partido Comunista se vio obligado a emplear políticas económicas moderadas para obtener el apoyo de los diferentes estratos campesinos y así minimizar los efectos negativos de la represión y lograr finalmente su objetivo.

David M. Paulson se concentra en el análisis de un tema poco estudiado: las guerrillas nacionalistas en la provincia de Shandong durante la guerra contra Japón, las cuales no sólo se concentraron en atacar a los japoneses sino en obstaculizar las actividades de los comunistas. Paulson destaca como causa del fracaso de estas guerrillas la incapacidad de Chiang Kai-shek para controlarlas. Chiang se encontraba en un dilema: por un lado, las necesitaba para obstruir la expansión comunista; por el otro, se daba cuenta de que si llegaban a ser demasiado fuertes, después de la guerra podrían desafiar su autotidad. Posteriormente, fue el Partido Comunista quien destruyó esas guerrillas.

Steve I. Levine estudia la revolución comunista en Manchuria y sostiene que en este territorio el triunfo del Partido Comunista se debió a factores políticos, militares y de organización. El Partido Comunista se dedicó a atacar a la élite local del norte de Manchuria, que se encontraba aislada, y el Guomindang se vio imposibilitado para acudir en su ayuda. El Partido Comunista, al mismo tiempo, estableció una relación con el campesinado basada en la justicia y reciprocidad; si no se entiende esta relación, resultaría difícil explicar el proceso mediante el cual el Partido Comunista logró la victoria en Manchuria.

Lo interesante de todos estos ensayos es que muestran cómo el Partido Comunista Chino siguió estrategias diferentes en su lucha revolucionaria, cada una de ellas adecuada a las circunstancias y características de cada región. Los autores consultaron una gran variedad de fuentes en chino, tanto de origen nacionalista como comunista. Tratan además de aprovechar las aportaciones de los comparativistas en el estudio de los movimientos campesinos y del campesinado en general.

Es aconsejable que se tomen en cuenta este tipo de estudios que realizan aportaciones sugestivas al análisis de la revolución china.

MARISELA CONNELLY

Shum Kui-Kwong, *The Chinese communists' road to power, the Anti-Japanese National United Front (1935-1945)*, Hong Kong, Oxford University Press, 1988, 312 pp.

EN ESTE LIBRO, SHUM ANALIZA la estrategia seguida por los comunistas chinos durante el periodo de la guerra contra Japón. Este tema ha

sido tratado por diversos autores, tanto de origen chino como norteamericano y europeo. Algunos consideran que un factor determinante lo constituyó el nacionalismo que se fomentó con la invasión japonesa; otros opinan que fueron las políticas moderadas del Partido Comunista chino las que lograron el apoyo del pueblo en general y la movilización del campesinado. Según Shum, el apoyo que prestó el campesinado ya fuera a través de la revolución social o del nacionalismo no fue suficiente, y que tuvo mayor importancia el frente unido que el Partido Comunista formó con las élites urbanas y rurales.

Las interpretaciones que otros autores han expresado sobre el Frente Unido han sido, según Shum, demasiado estrechas, ya que lo consideran como una alianza entre el Partido Nacionalista (Guomintang) y el Partido Comunista, cuando en realidad eso fue sólo una parte del frente, el cual representaba para los comunistas la colaboración entre todas las clases sociales dispuestas a luchar contra Japón y a apoyar reformas "democráticas". Así el Frente Unido contra los japoneses fue determinante para el crecimiento y expansión del poder del Partido Comunista chino. Por un lado, el Partido Comunista organizó al campesinado en sus bases rurales y, por el otro, la política seguida en el Frente Unido le ayudó a obtener el apoyo de la mayoría de las élites y así pudo aislar al Guomintang.

Shum afirma que el Frente Unido convirtió al Partido Comunista chino en un partido nacional que luchaba por defender al país y por lograr su unidad. Las élites le ayudaron con recursos económicos, dándole estabilidad en sus bases. El Frente Unido también le permitió al Partido Comunista experimentar nuevas políticas que beneficiaban tanto a las masas como a las élites.

El autor trata, además, de reivindicar la figura de Wang Ming, pues considera que los historiadores de la República Popular han tratado de darle todo el crédito a Mao respecto de las políticas seguidas en el Frente Unido, sin tomar en cuenta las contribuciones de Wang.

Es indudable que Shum realizó una investigación concienzuda, consultando una gran cantidad de documentos, así como obras de diferentes autores chinos, japoneses y occidentales. Sin embargo, su trabajo es endeble porque trata de demostrar a toda costa la validez de su argumento para explicar por qué el Partido Comunista Chino logró triunfar y sus explicaciones no resultan convincentes. Además, descarta estudios de otros autores, exagerando o distorsionando sus posiciones. Lo que Shum afirma respecto del apoyo dado por las élites al Partido Comunista chino es muy discutible; carece de pruebas suficientes y, al no analizar el papel de estas élites, no de-

muestra en qué forma apoyaron al Partido Comunista, por lo que creo que el autor sobreestima el papel que representaron en el Frente Unido.

Las políticas seguidas por el Guomindang, que produjeron graves problemas económicos, la corrupción dentro de sus cuadros, los abusos cometidos por sus ejércitos, efectivamente propiciaron que la población, desencantada con el Guomindang, viera como única opción viable al Partido Comunista. Pero esto no implica que estuvieran de acuerdo con todas sus políticas.

MARISELA CONNELLY

John Woodruff, *China in search of its future; years of great reform, 1982-87*. Prefacio de Michel Oksenberg. University of Washington Press, Seattle, 1989, xvii + 218 pp.

LOS LLAMADOS CORRESPONSALES EXTRANJEROS, luego de trabajar un tiempo considerable en un país —mientras más diferente del suyo y menos conocido sea por el gran público, mejor— suelen escribir un libro para brindar una información más veraz sobre el lugar donde acumularon experiencias profesionales. Sin embargo, y por paradójico que pueda parecer, lo que buscan es combatir la desinformación o malinformación que contribuyeron a crear desde las páginas de los diarios. China ha sido un tópico ampliamente abordado —aun cuando algunas épocas hayan sido más prolíficas que otras— y no sólo por los periodistas. A raíz del proceso de modernización, emprendido a finales de la década de los setenta, ha habido un auge en la bibliografía que pretende narrar, comentar y explicar China. Se trata de textos que van desde relatos de viajeros, como *Behind the wall: a journey through China* de Colin Thubrun (The Atlantic Monthly Press, 1989), hasta obras de carácter más profesional que desbordan ampliamente el ámbito universitario, como sería el libro de John King Fairbank, *China Bound: A fifty year memoir* (Harper Colophon Books, 1982). Asimismo, están los periodistas que producen libros como el que ahora nos ocupa, o como el de Patrice DeBeer —corresponsal de *Le Monde*— titulado *La Chine, le réveil du dragon* (Editions du Centurion).

El libro de Woodruff roca “todos” los aspectos relevantes que el autor observó durante los cinco años de su estancia en China, o

dicho en sus palabras, "se trata de un libro de periodismo sobre grandes cambios aun en proceso" (p. xv). Sin embargo, este libro no se ajusta exactamente a una supuesta categoría periodística. Aquí, para bien o para mal, el autor se despoja de la pretendida "objetividad periodística" (uno de los tantos mitos que existen en esa profesión y en otras) y con ello se mueve más cómodamente dentro de los acontecimientos, sin mostrarse rígido, logrando "acomodarlos" (esto no tiene necesariamente un sentido peyorativo) de cierta manera para relatar, comentar, analizar, intentar explicar y especular, como el título indica, sobre el futuro de China, lo cual en cierta forma se encuentra sustentado y desarrollado en la parte final.

Digamos a favor de Woodruff que éste le evita al lector la penosa experiencia de enfrentarse con una "historia" de China en las primeras cinco o diez páginas, tentación tan común en libros de características similares, donde se parte del supuesto de que el posible lector no sabe nada o sabe muy poco sobre el país en cuestión. Sin embargo, la solución para llenar las lagunas no suele ser la más adecuada. Aun así, el autor no se limita a hablarnos simple y llanamente del periodo que le tocó vivir en Beijing, y como elemento esencial de apoyo recurre a la analogía histórica. Desafortunadamente sus acercamientos a la historia son con frecuencia infructuosos. Fuera de lo que sería estrictamente el objeto del libro, en éste se introducen cuatro aspectos básicos usados fundamentalmente como puntos de referencia. El primer elemento son los viajes del autor a China y a Asia en general. Woodruff fue corresponsal del *Sun* de Vietnam a fines de los sesenta y a inicios de la década de los setenta en Hong Kong. Su primer viaje a China lo realizó en 1972. Por otra parte, nos presenta su versión, no siempre mesurada, de quiénes se encargaron y cómo de la conducción del gobierno tras la desaparición de Mao Zedong; lo que él llama la "coalición de modernizadores".

Lo que constituye en gran medida la columna vertebral del libro es la interpretación que hace Woodruff de la Revolución Cultural. Para él, éste fue un periodo de anarquía y retroceso, símbolo por excelencia de lo "malo" y "negativo" frente a la paz, el orden y el progreso de las modernizaciones. Nuestro autor aparece así como un partidario de las reformas, las cuales desde su perspectiva son ampliamente populares y han contribuido a mejorar la vida diaria de la población (p. 179). En un acto desproporcionado y manipulador que saca las cosas de sus contextos históricos específicos, Woodruff considera que de todos los "traumas nacionales" el más devastador y que ha dejado la huella más profunda es el de la Revo-

lución Cultural. De acuerdo con su versión, éste no se equipara, en cuanto a consecuencias negativas, con los “traumas experimentados” desde mediados del siglo XIX producto de las intromisiones extranjeras (pp. 10-11). Finalmente, otro elemento importante que da cuerpo al libro son las conversaciones con chinos y la ayuda que éstos le brindaron al autor, no sólo en el aspecto literario.

El libro, compuesto de ocho capítulos, un epílogo y un cuerpo de notas mínimo, se dirige a un público más o menos amplio que si bien quiere leer sobre China algo más que un artículo dominical del diario no desea profundizar. Por ello los temas están orientados a llamar la atención de ese tipo de lector. Se tocan así la “cultura” del carro, de los artistas pop, el desnudo en el arte; por otra parte, hay tópicos que tienen una importancia mayor dentro del proceso chino como el caso de la industria, el campo, la mujer o las manifestaciones estudiantiles; algunos de éstos son abordados con gran percepción pero sin profundidad. Por último, se encuentra la razón de ser del título, los pronósticos sobre el futuro de China.

Una característica del libro, obviamente no favorable y no exclusiva del autor es el hecho de que Woodruff —considerado por Michel Oksenberg como uno de los corresponsales extranjeros más penetrantes— utiliza parámetros cien por ciento norteamericanos. En el primer capítulo, su argumento gira en torno al “papel social” del carro, tomando como punto de comparación a Occidente (debe leerse Estados Unidos) en contraposición a China. Desde su perspectiva, la existencia de un número mayor de autos, sobre todo importados, reflejaría que la sociedad se ha hecho más compleja [*sic*] debido a nuevas formas económicas (p. 22). Asimismo, plantea Woodruff que durante la época de Mao el automóvil no era un signo de riqueza sino de estatus (p. 21) (como si en Occidente la aspiración a aparentar cierta riqueza o estatus ocupara un plano secundario a la hora de adquirir un auto).

El plano cultural es uno de los aspectos en los que Woodruff busca contraponer la anarquía de la Revolución Cultural con los años de la reforma. En términos generales aceptamos algunos de sus planteamientos. El autor expresa su malestar contra el “sofocamiento” de la cultura ejercido por Jiang Qing, producto de los postulados maoístas sobre el arte puesto al servicio del partido comunista y, como contrapartida, nos hace un recuento de los cambios operados en los últimos años, entre los cuales tenemos la formación de sinfónicas y orquestas. El problema es que al hablar de los avances y de la apertura hacia el exterior, se basa en que en China se proyectan películas como *Superman* y *Rambo* (p. 81). ¿Se trata de

avance? ¿Es eso lo mejor que Occidente puede aportar o transmitir?

No es sorprendente, pues, que uno de los parámetros del "desarrollo" sea la abundancia de televisores a color, por supuesto, que ya destaca desde el prefacio (pp. x y 59). El trasfondo, como ya señalamos, es utilizar indicadores fijados en Occidente a los que se erige en norma universal, método que afortunadamente va perdiendo fuerza en nuestros días. El razonamiento de fondo sería que lo moderno de Occidente radica en que todo el mundo tiene televisor, auto o refrigerador y, como con las reformas, esta situación empieza a producirse en China, luego entonces China ha comenzado a ser moderna.

No obstante su simpatía por las reformas, Woodruff reconoce las dificultades que éstas plantean. Anotamos aquí sólo tres de las descritas por Woodruff:

a) La industria, que para él ocupa un lugar central en la modernización, se encuentra constreñida por el burocratismo, la falta de preparación de los dirigentes y la "naturaleza prudente" de las reformas (p. 629). Siendo el sector más vital para la modernización, es el menos efectivo y se enfrenta a resistencias.

b) En el capítulo dedicado a la mujer, Woodruff considera que las reformas han traído mayor libertad y que se vive mejor desde el punto de vista material. Sin embargo, señala que aun cuando se han ido abandonando doctrinas pasadas, está presente el fenómeno de volver a patrones sociales tradicionales, que desde la antigüedad han sido profundamente sexistas (p. 100).

c) El mayor problema para las reformas se ubica, para Woodruff, en la "élite", que según él es la del "viejo sistema" (p. 185). La reacción frente a esta élite está representada por la generación de los que estudiaron en la URSS durante los años cincuenta, por los educados en China al estilo moscovita, y por los cuadros medios y medios superiores, que son un freno por su temor a perder influencia y poder. Todos ellos, siempre según el autor, eventualmente podrían propiciar una sociedad menos abierta y parcialmente recentralizada (p. 182).

A pesar de los escollos, el pronóstico de Woodruff es que China podría avanzar en la vía de las reformas; conclusión que saca de haber observado cinco años de "cambio histórico potencial" (p. 302).

Aquí es preciso abordar otro problema: el uso que Woodruff hace del pasado histórico. Como anotamos antes, la Revolución Cultural es el elemento que predomina en el libro. Si bien el autor nos advierte (p. xv) que su objetivo no es hacer un libro de ciencia social o erudito, es correcto también señalar en qué aspectos se sale de sus propios marcos.

Un aspecto que le preocupa es el de quién o quiénes sucederán a Deng Xiaoping, el personaje central del trabajo. Según su razonamiento, durante siglos los gobernantes chinos han perdido la batalla por lograr la sucesión. Sin embargo, en lugar de que sus argumentos se apoyen en el análisis histórico, recurre a la anécdota para discutir procesos históricos más generales. Hace además un uso inadecuado de la generalización —a veces tan valiosa— para confundir y mezclar etapas muy diferentes: no es lo mismo hablar de relevo del equipo dirigente durante la dinastía Qing que durante el periodo posterior a la Revolución de 1911, para no mencionar cómo se plantea el problema durante la República Popular. Respecto al eje de su planteamiento, según el cual tanto bajo las diferentes dinastías como bajo el Partido Comunista el “hilo conductor” ha sido siempre el mismo: preferir los individuos a las instituciones, lo menos que se puede decir es que es totalmente inapropiado. A estas alturas del desarrollo de la historia como disciplina académica, es dudoso poder demostrar que el signo característico y dominante a lo largo de la historia en China haya sido la debilidad de las instituciones. Esto, obviamente, no implica negar el papel del individuo, pero habría que explicar las circunstancias y la envergadura de éste. Ahora sabemos que después de Mao Zedong no se produjo una hecatombe debido a la existencia de instituciones, que de alguna manera sirvieron para continuar el gobierno de la sociedad. Una cosa muy diferente es que ahora, con el proceso de reforma, algunas instituciones se readecuen a ciertas políticas, otras se desechen y otras sean puestas en pie. Con todo ello el individuo, creador de las instituciones, adquiere su propio peso específico. Que esas instituciones sean diferentes de las de otro país en algún momento de su historia, no significa que no existan. Asimismo, que un grupo gobernante reescriba o interprete su constitución no es exclusivo del gobierno chino; digamos que es más bien una regla casi invariable (pp. 189-192).

Para concluir, consideramos que lo que le interesa a Woodruff no es el desarrollo o la modernización de China en abstracto, o que en cada casa haya implementos electrónicos. La síntesis de más de doscientas páginas, acompañadas de una treintena de fotos en su mayoría bien logradas —lo cual se encuentra ligado estrechamente a la profesión del autor, a su información y a su país de origen— es la integración de China a la “economía mundial del siglo xxi”. So pena de que China llegue a “despertar un día” fuera de la economía mundial, el corresponsal —en coincidencia con un funcionario de la First Boston Corporation— considera que el gobierno no debe retener información, ni limitar el uso de computadoras o coar-

tar la comunicación. De ser así, lo que se estaría haciendo sería limitar la participación china en la futura economía mundial (páginas 192-193).

Consideramos que las buenas intenciones de informar al "lector medio" sobre el acontecer en China deberían cristalizar de manera efectiva, aun si para lograrlo sea necesario abandonar el análisis y el paso por los vericuetos de la historia, sobre todo en un trabajo cuyos objetivos formales son muy diferentes.

FRANCISCO JAVIER HARO

Stuart R. Schram (comp.), *Foundations and limits of State power in China*, School of Oriental and African Studies, Londres, 1987, pp. xxvii + 367 pp.

ESTE LIBRO, CON UN PREFACIO DEL PROPIO Schram y una introducción de Jacques Gernet, es indispensable para todos aquellos interesados en el estudio y la discusión sobre las características, el funcionamiento y el desarrollo del Estado en China.

Los doce textos que componen la obra abordan el objeto de estudio desde diferentes ángulos y perspectivas, pero con un solo hilo conductor y con un objetivo bien delimitado. Además, toman en cuenta otras sociedades asiáticas, con la pretensión de examinar "si la orientación china afectó significativamente la orientación de aquellas sociedades [. . .] influidas por la civilización china". (Véase el trabajo de Benjamin I. Schwartz, "The primacy of the political order in east Asian societies: Some preliminary generalizations", p. 1.) Hay trabajos más específicos temática y temporalmente que se remontan al estudio del surgimiento y sistematización de las primeras leyes, como el trabajo de Anthony Hulsewe, "Law as one of the foundations of State power in Early Imperial China" (p. 11), o bien, el estudio de Marianne Bastid, "Official conceptions of imperial authority at the end of the Qing Dynasty" (p. 147), quien busca "explorar" cómo en el interior del gobierno se entendía el poder y el papel del emperador. No podía dejar de abordarse el periodo del Guomindang, tarea que realiza Tatsuo Yamada en "Foundations and limits of State power in Guomindang ideology —government, party and people" (p. 187) con el objetivo de investigar las

bases del poder estatal en la "interacción entre gobierno, partido y pueblo".

En lo que respecta a la conformación o constitución del Estado, uno de los autores prefiere hablar en términos de *rebuild* —no obstante la herencia histórica, y la permanencia— en el sentido de que se trata de un aparato estatal "nuevo" (Tang Tsou, "Marxism, the leninist party, the masses, and the citizens in the rebuilding of the Chinese State". Respecto de las características y el funcionamiento del liderazgo de Mao Zedong está el artículo de Stuart R. Schram, "Party leader or true ruler? Foundations and significance of Mao Zedong's personal power" (p. 203), y David S.G. Goodman en "Democracy, interest, and virtue: The search for legitimacy in the People Republic of China" (p. 291) aborda el problema de la legitimidad y la democracia en los últimos años.

El libro que reseñamos es producto de una conferencia que se realizó en el Bellagio Study and Conference Center durante el mes de mayo de 1983, y que fue la tercera y última de las conferencias realizadas por el proyecto "El Estado en China: conceptos y realidades".

Teniendo como objetivo fundamental el estudio y análisis de la "organización y la lógica de la maquinaria estatal" —tomando a Europa como referencia y punto de comparación fundamental, como se puede ver sobre todo en Karl Büniger, "Concluding remarks on two aspects of the Chinese Unitary State as compared with the European State system" (p. 313). En la misma introducción de Gernet, los autores buscan encontrar y elaborar los conceptos teóricos que permitan un conocimiento más preciso del objeto de estudio analizado. El punto de partida es romper con conceptos caracterizados fundamentalmente por su perspectiva occidental, de ahí que no se haya utilizado el término "legitimidad" ya que, de acuerdo con Schram (pp. ix-x), eso nos remite a "un Estado fundado en la ley", que no sería adecuado abordar desde esa perspectiva, pues en China la ley no representa una justificación de la existencia del Estado. Esto no implica la inexistencia del problema de la legitimidad para los gobernantes chinos en diferentes épocas.

Aunque Jacques Gernet (pp. xv-xvi) haga referencia a la "incapacidad" del marxismo para explicar la realidad china, es obvio que en el libro el eje de la polémica son los planreamientos de Max Weber y sus seguidores. Se trata de demostrar lo inadecuado de aplicar la "tipología" o el "esquema" weberiano a China.

Lo anterior queda claro, sobre todo, en el artículo de Schram, "Party leader. . ." pero no está ausente del resto de los trabajos, así sea de manera implícita. Precisando lo dicho por sus colegas,

Schram acota que la idea de un Estado basada exclusiva o fundamentalmente en la ley es ajena a China, por lo que "el análisis de Weber se encuentra marcado por el mismo legalismo [de quienes plantean ese tipo de relación ley-Estado], y en consecuencia por el mismo eurocentrismo". Por ello, y por la "virtual identificación entre racionalidad y legalidad", Schram expresa "reservas" sobre la aplicabilidad del esquema weberiano "no sólo al caso de Mao y a la China contemporánea, sino a China en general". El autor resalta la importancia y efectividad —que Weber habría subestimado— de la administración centralizada en la China "premoderna" y la coexistencia de un orden administrativo racional burocrático altamente desarrollado con bases religiosas e irracionales para el poder imperial" (pp. 203-205).

Finalmente mencionaremos algunos de los aspectos abordados por Bünger en "Concluding remarks. . .", donde realiza un estudio comparativo entre el desarrollo del Estado en China y en Europa. Nuestro autor escoge solamente dos temas, el de los derechos humanos y el del "sistema estatal europeo comparado con el Estado unitario" de China. Respecto al primer aspecto, el autor concentra su atención en el problema de los límites de los detentadores del poder —poder del cual se ha abusado tanto en China como en Europa— para señalar que la innovación de los derechos humanos en Europa presupone la existencia de un poder absoluto (p. 314). Por ello, Bünger busca demostrarle al lector que en China no existe una clara tendencia hacia una mayor concentración de poder en manos del emperador o que al menos las tentativas en esa dirección no han sido exitosas; es decir, "las condiciones específicas de la historia europea que condujeron hacia un concepto de poder político absoluto y luego la reacción que buscó limitarlo no existieron después de Qing". Así, el poder del emperador en China, aunque este último fuera la fuente de todo poder político, no llega a ser absoluto y se encuentra siempre restringido (p. 318).

Desde la perspectiva de Bünger, las restricciones del poder imperial en muchos campos no sólo se encuentran en los textos históricos y surgen desde los primeros pasos de la constitución del aparato estatal, sino estaban institucionalizadas en la estructura política del Estado. En última instancia, tanto en China como en Europa se pretende en un momento dado constreñir a los emperadores, pero mediante mecanismos diferentes. De acuerdo con nuestro autor, en China la idea de los derechos humanos surge con el contacto con el pensamiento político europeo y no antes, así como no aparece en Europa "antes de la era del absolutismo" (p. 319).

Bünger considera que las "condiciones originales" o "circuns-

tancias históricas” bajo las cuales se constituye el Estado son similares tanto en China como en Europa, pero concentra su atención en periodos posteriores, particularmente en los siglos xv y xix (Europa) y Primavera-Otoño y Estados Combatientes (China) (pp. 319-329). Concluye con un repaso de las diferentes interpretaciones sobre la ausencia de una estructura política unificada en Europa, a diferencia de China. Pero lo que le interesa es dejar abierta la discusión respecto a si la división multiestatal en Europa sigue o seguirá siendo una ventaja, como antes fue planteado por los europeos (p. 323).

FRANCISCO JAVIER HARO

María Teresa Rodrigues de Anguiano. *Reforma económica en China*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989, 186 pp.

EL LIBRO QUE AQUÍ RESEÑAMOS, producto del trabajo realizado por la autora en El Colegio de México y de sus prolongadas estancias en China, representa para los lectores de habla hispana una valiosa oportunidad de conocer acontecimientos producidos en la República Popular China desde su fundación. Pese a que la autora, economista de formación, introduce algunas fórmulas y el trabajo se encuentra apoyado en cuadros estadísticos —con un apéndice incluido (p. 153)— el lector poco familiarizado o sin interés por este tipo de material puede prescindir fácilmente de él, sin que eso vaya en detrimento de la comprensión del texto. El trabajo cuenta con un apartado que se titula “Definiciones” (p. 173), que es una especie de glosario con un contenido amplio sobre conceptos o términos como “producto total de la sociedad”, “ingreso nacional disponible” o “acumulación” que sin duda será de gran utilidad para los no iniciados. Creemos que hubiera sido de mayor eficacia colocarlo al inicio del libro, al igual que la cronología (p. 177), para facilitar la lectura y situar al lector en el marco histórico.

Si bien el título del libro podría llevar a creer que éste aborda exclusivamente los temas económicos más importantes de la “era” de la reforma —desde 1978 hasta nuestros días— su contenido abarca un mayor espectro temporal y temático. De hecho, dentro de la división formal de la obra (5 grandes apartados, sin contar los

tres ya mencionados), podemos distinguir aquellos aspectos que corresponderían a tres grandes etapas históricas: de la toma del poder en 1949 a la Revolución Cultural; la caída de la "Banda de los Cuatro" y el periodo de Hua Guofeng y finalmente el inicio de los "reajustes en la estructura económica". Se toman en cuenta por supuesto, los acontecimientos y aspectos de mayor envergadura dentro de esas etapas, como sería, por ejemplo, el llamado Gran Salto Adelante.

El lector de *Reforma económica en China* se beneficia así de un libro que no se circunscribe al tema principal que le da nombre, sino que brinda los elementos sociopolíticos relevantes que sirvieron de telón de fondo a las diferentes políticas económicas desde la instauración de la República Popular. Sin embargo, es cierto que en ocasiones, sobre todo en lo referente a los años previos a la reforma, la balanza se inclina a la apreciación de las cuestiones económicas.

Entre los elementos político-económicos más importantes que la autora desarrolla se encuentran: la contradicción existente entre la experiencia de Yan'an y "la línea rígida adoptada al tomar el control del país (pp. 16-17), que conduce a la "formación de dos líneas de acción diversas"; la reforma de la tierra, que se radicaliza por el "temor de que la intensificación de la guerra de Corea permitiera a los elementos conservadores del campo retomar sus posiciones de poder político" (pp. 19-20); la reorganización de la industria, la cual se encontraba "en estado de decadencia" por causa de la guerra con Japón y la intervención de la URSS; la adopción del modelo soviético de desarrollo "con énfasis en el desarrollo de la industria pesada intensiva en capital, que luego se transformaría en la búsqueda de la autosuficiencia con la ruptura sino-soviética (pp. 22-27, 39); la ruptura del "liderazgo colectivo", parte de las luchas internas, cuyos antecedentes sitúa la autora en 1953-1954 (pp. 38-39) y, finalmente, que tras el lapso de recuperación a inicios de la década de los sesenta, se produjo la denominada Gran Revolución Cultural Proletaria donde "la economía registró un crecimiento no muy rápido pero sostenido en el conjunto, aunque con altibajos intermedios que en cierta medida estaban relacionados con la violencia política del momento" (p. 46).

En el capítulo tercero, "Presentación de 'las reformas económicas'. Reajustes en la estructura económica" (p. 61), se reseñan fundamentalmente los hechos políticos que condujeron a la reforma y los aspectos globales de la misma, incluyendo algunas de sus dificultades. Entre los primeros señala la tendencia a negar "los valores ensalzados durante la Revolución Cultural", lo cual llevó a la campaña contra la Banda de los Cuatro y a la rehabilitación de miles

de personas; aquí se destaca el rechazo a las acusaciones contra Peng Dehuai (p. 63); el retorno de Deng Xiaoping, su fortalecimiento y el ascenso de un grupo de dirigentes allegado a él —precedido y facilitado por la revaluación del “incidente de Tian'anmen y el declive de Hua” (pp. 65-69). Respecto a las dificultades, autora anota las “deficiencias institucionales” y el “ambiente de una economía de mercado prácticamente inexistente”, cuestiones que a su juicio “han sido y son todavía el principal elemento retardatorio de una planeación adecuada”, limitada e impedida “por deficiencias operativas en los sistemas de contabilidad económica” (p. 73). Asimismo, la autora observa que no se ha logrado establecer un equilibrio centralización-descentralización respecto a las relaciones entre las industrias, con vitalidad y autonomía administrativa —nivel microeconómico— por medio de políticas de precios o de propuestas fiscales —nivel macroeconómico— coordinadas por el aparato gubernamental. Además, en 1979-1980, la descentralización condujo a “un inmediato debilitamiento en la posición financiera del presupuesto gubernamental (pp. 76-77).

Respecto a los pasos dados para remontar los problemas, la autora señala que la infraestructura responsable de la investigación económica, la cual se reconstituye a partir de 1978, sería la base para la reestructuración del aparato administrativo (p. 74). Un elemento igualmente importante es la reorganización del Consejo de Estado, con el fin de depurar la maquinaria administrativa, proyecto emprendido a fines de 1981 y uno de cuyos objetivos era evitar la proliferación de puestos (pp. 75-76).

En el libro se abordan diferentes modalidades de la reforma y los sectores donde se ha puesto en práctica: la industria (p. 79) o la reforma de precios y fiscal (p. 80). El centro de atención de la economista lo tenemos en el capítulo correspondiente a los “Reajustes y reformas en la agricultura”, donde señala que no obstante la adopción y difusión de semillas mejoradas, la construcción de obras para la utilización del agua y el mayor uso de fertilizantes químicos —lo que llevó a un aumento de la productividad de la tierra— entre 1957 y 1978, el aumento de la producción de cereales apenas ha mantenido el ritmo del crecimiento demográfico, debido a una serie de dificultades económico-administrativas, lo cual se busca enfrentar con políticas de reajuste y reforma (pp. 93-95).

Lo anterior se ha materializado en reajustes organizativos, como la desaparición de la Comisión Estatal de Agricultura, la formación de varios ministerios y la reasignación del poder respecto a la producción y distribución del ingreso con lo que el equipo de trabajo recupera un papel predominante. Asimismo, a la par de la rea-

firmación de los tres niveles de propiedad, progresivamente aumentó la posibilidad familiar de tener más tierra, precedida por una estimulación de los mercados, además del aumento de los precios de productos agrícolas y la reducción de los impuestos (pp. 95-99).

En la parte final del libro, "Resultados y perspectivas", la autora considera que pese a los cambios que han provocado "un aceleramiento del ritmo de crecimiento de la producción", la diversificación en lo producido e incrementos en el ingreso y nivel de vida rurales, "parece ser que los efectos de la reforma efectuada en el campo son limitados y de una sola vez, pues ya comienzan a dar muestras de agotamiento" (p. 11). En resumen, y tras un análisis de los problemas y limitantes de los reajustes y reformas, de las proyecciones tanto del gobierno chino como del Banco Mundial y los enfrentamientos entre diferentes posiciones en el Partido Comunista, la autora concluye que los problemas clave desde 1978 hasta 1988 han sido "la espiral de precios no controlada; exceso de demanda sobre oferta deseada e inversiones independientes muy dispersas; deficiente utilización de los recursos escasos, también relacionada con la falta de control sobre las inversiones y, finalmente, baja productividad en la industria" (p. 151).

Dicho en pocas palabras este libro —elaborado por una especialista en economía y una conocedora de la realidad china— le permite al lector de habla hispana el acceso a lo más sobresaliente de la "era" de la reforma, sobre todo en lo que se refiere al campo.

FRANCISCO JAVIER HARO

Ya Si-guang, Yoro K. Fall *et al.*, *Etre historien aujourd'hui*, UNESCO, Éres, París, 1988, 350 pp.

A INICIATIVA DE LA UNESCO Y DE LA Comisión del Gobierno de Francia para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en febrero de 1986 se reunieron historiadores de diferentes países para discutir una amplia gama de temas relacionados con su labor. Producto de ello es el libro que reseñamos, donde no solamente se abordan cierta cantidad de materias "técnicas" sino que, como es constante entre los historiadores, se reflexiona sobre la disciplina histórica y sobre cómo mejorarla. En este reflexionar sobre el quehacer historiográfico, los

interesados discuten sobre el estado de su área de investigación en cada una de sus naciones, pasando así a una labor de mayor envergadura. A través de los trabajos, aunque sea de manera limitada e incluso parcial, nos podemos dar cuenta de cuáles son las preocupaciones de los historiadores, las políticas gubernamentales, los avances de la historia en el terreno de la investigación, la enseñanza y la difusión de la misma; en suma, cuál es su importancia y su inserción en diferentes sociedades.

Los trabajos se elaboraron sobre la base de un cuestionario, pero eso no limitó el desarrollo de los planteamientos de los ponentes ni provocó que privara la preferencia de éstos por determinados aspectos, de acuerdo con su punto de vista o la situación propia de su país. El cuestionario se encuentra dividido en tres partes, cada una dividida a su vez en subtemas:

a) *La profesión de historiador*. ¿Qué es un historiador?, ¿cuáles son las relaciones de éste con las otras ciencias sociales?, ¿cuáles son sus intereses dentro de la investigación?, etcétera.

b) *La transmisión del saber histórico*. ¿A qué niveles es obligatoria la enseñanza de la historia y con qué proporción de tiempo? ¿A qué historia, la nacional, la universal, etc., se le da mayor importancia? Respecto del área de publicación, se pregunta cuál es la importancia global de la historia en las ediciones y el lugar que ocupan las traducciones en los medios masivos de comunicación.

c) *El lugar del historiador y las funciones de la historia dentro de la sociedad*. ¿Cómo se considera a la historia: un medio para mejorar y comprender el presente o para la afirmación de la identidad? En caso de que los gobernantes consulten al profesional, ¿con qué fines lo hacen y dentro de qué aspectos? Finalmente, una conclusión y la solicitud de que se presente la mayor cantidad de datos.

Nos limitaremos a reseñar solamente tres artículos, entre más de una decena, en el orden en que se encuentran publicados.

Tatsuro Yamamoto, en "L'historien japonais d'aujourd'hui" (p. 127), hace un breve resumen de los estudios históricos en su país desde los siglos VII y VIII, cuando se publican *Las notas sobre los hechos del pasado* y la *Crónica de Japón*, ambos con influencia china (ésta duraría siglos, tanto sobre la escritura como en cuanto al modelo historiográfico). Con la era Meidji se despierta un gran interés por las obras de historia extranjera, lo que lleva a la formación de un Departamento de Historia de Occidente (1904) y luego otro de Historia Oriental (1910). A partir de 1945 hay un cambio trascendental bajo la influencia marxiana, y muchos historiadores se inclinan hacia la historia económica y social, aunque también penetren los planteamientos weberianos (pp. 127-128).

Tatsuro señala que actualmente el historiador profesional en Japón se forma en cuatro departamentos universitarios, el de historia japonesa, el de historia oriental, el de historia occidental y el de arqueología. Sin embargo, sobre todo en algunos temas de historia antigua, las diferencias entre profesionales y no profesionales en ocasiones se diluyen (p. 129). Los periodos de mayor interés fueron tradicionalmente la historia antigua y la "medieval", pero a partir de 1945 aumentó la preocupación por la historia contemporánea, a la vez que ha aumentado el espectro de países extranjeros sobre los que se investiga (p. 131). La arqueología, tanto en el contexto universitario como en el oficial, ocupa un lugar de primera magnitud, gracias a los importantes hallazgos realizados y a una mayor conciencia sobre la protección del patrimonio cultural. En 1984 había 14 862 sitios en excavación y un presupuesto de 252 656 561 dólares, además de leyes pertinentes para la preservación (páginas 136-137).

En "La recherche historique en Chine" (p. 161), Yan Si-guang, tras hacer un breve recorrido sobre las fuentes para la investigación y el lugar de la historia en la China antigua (pp. 162-163), nos explica la importancia del marxismo como "principio rector en la investigación histórica" y cómo —ajustándose en esto a la línea oficial dictaminada por el Partido Comunista— en los 17 años anteriores a la Revolución Cultural se llegó a "buenos resultados", no obstante "ciertas dificultades y errores imputables al dogmatismo". Luego de los daños causados por la Revolución Cultural, con la política de modernización socialista la investigación universitaria se encontraría en mejores condiciones para su desarrollo y la obtención de resultados favorables (p. 166).

De acuerdo con el estudioso chino, en los últimos años los dos puntos que han estado en el debate histórico han sido el de la "reevaluación del confucianismo" y el de los "hilos conductores de la historia". En cuanto al primero, lo que se busca es "apreciar el valor justo de los efectos positivos del confucianismo, pero criticando sus aspectos negativos". En lo que respecta a los "hilos conductores", Yan señala que la discusión se centra en la clarificación de los acontecimientos o "ejes determinantes" de la historia moderna de China. En ese sentido, la atención se ha enfocado, en orden sucesivo, sobre la Guerra del Opio y todas aquellas mediante las cuales las "naciones occidentales infringieron a China, gracias a la superioridad de sus ejércitos, una derrota militar total; luego se le prestó importancia como "hilos conductores" a la Rebelión Taiping, a la de los Boxer y a la Revolución de 1911; finalmente, el autor se inclina a tomar fundamentalmente en cuenta el "movimiento de occi-

dentalización” y la Reforma de 1898 durante el último periodo de la dinastía Qing, así como la revolución antes mencionada. Por supuesto, el autor acota que sólo la libre discusión podrá determinar los pros y los contras de tales debates (p. 167).

En principio, existen dos grandes similitudes entre el artículo del historiador japonés y el del chino. Por una parte, la arqueología y la historia se ven tanto en China como en Japón como partes de una sola rama de la ciencia, debido principalmente a que en ambos países la investigación histórica es primordial para explicar el presente en función del origen, por lo que la investigación se mezcla necesariamente con la investigación arqueológica debido a las fuentes disponibles. Por otra parte, Yan, en términos similares a los de su colega, asegura que “En el curso de los seis últimos años, la investigación histórica china ha hecho avances sin precedentes. La disciplina más fecunda es la arqueología” (p. 168). Al igual que el autor japonés, el historiador chino se apoya en el descubrimiento de zonas arqueológicas “monumentales” y el trabajo en ellas, pero sin precisar si el apoyo gubernamental se refleja de la misma manera en otras áreas de la propia arqueología, y no sólo en lo que es “mostrable” masivamente o para el turismo. Mencionemos, además, que el artículo de Yan tiene al final (pp. 170-176) una bibliografía mínima de obras de historia en chino y un directorio de los principales centros de investigación histórica en China.

Desde nuestro punto de vista, uno de los textos más importantes que componen la obra, pese a que no se apega al cuestionario de la UNESCO, es el del profesor Yoro K. Fall, “L’Histoire et les historiens dans l’Afrique contemporaine” (p. 181). En su trabajo, Fall (quien fuera profesor visitante de El Colegio de México) opta por hacer un breve pero concienzudo análisis sobre la “historia” (él mismo entrecomilla las palabras historia y ciencias históricas a partir del siglo XIX). No nos detendremos en esto; solamente señalaremos que Fall analiza desde los primeros planteamientos panafricanistas hasta el marxismo, pasando por la historiografía colonial y la corriente antropológica (pp. 181-197).

A partir del análisis de las diferentes corrientes y sus aportaciones, sobre todo en los últimos años con el desarrollo de la arqueología y de profesionales africanos en la materia, Fall arguye que “dentro del estado actual de conocimientos” la “dimensión histórica africana se confunde con la historia del hombre” obligando a cambiar los “horizontes cronológicos” hasta ahora establecidos; asimismo, a “nivel epistemológico” las distinciones tradicionales entre prehistoria e historia o periodo precolonial y colonial, herencia de la historiografía europea, pierden su consistencia y su carácter uni-

direcciona. Desde esta perspectiva, Fall considera que se hace necesaria una reevaluación de la cultura egipcia, la cual, bajo la nueva luz, más que ser "madre" sería "hija" de las culturas africanas. En suma, hay un mayor desarrollo de la investigación y, sobre todo, se hace de manera más rigurosa (p. 197).

De acuerdo con nuestro autor, a través de la observación de las actitudes y de los componentes sociales en sus manifestaciones lúdicas o simbólicas se podría descubrir la presencia social en la historia, a partir de todos los aspectos de la inserción del individuo en la vida social. De ahí que Fall considere no solamente que África "es un continente profundamente histórico", sino que "hay tantos historiadores como africanos"; basado en ello, denomina esas manifestaciones con el nombre de endohistorias, en la medida en que las formas en que se presentan son numerosas y que existen grupos cuya coherencia y cohesión es necesario mantener, lo cual no sería privativo de África (p. 199).

Una de las necesidades del historiador es "parecerse a su época" o "marchar" con ella para "no perder su camino", lo que para Fall quiere decir, entre otras cosas, comprender que ni el pasado ni la exaltación exacerbada de los orígenes "ofrecen soluciones a los problemas del presente"; "parecerse" a su tiempo es desarrollar y transmitirle a sus conciudadanos la "necesidad de la curiosidad" hacia todos los campos y actividades científicas. Asimismo, desarrollar una sensibilidad histórica, lo cual hace referencia a las minorías nacionales, antiguas o modernas, o a las culturas nacionales o exteriores; además, hay una necesidad de "total y completa laicidad frente a todos los absolutismos", no solamente los religiosos (p. 201). Por último, Fall señala que, no obstante las especificidades de las culturas africanas, éstas deben buscar las vías para contar en el mundo y con el mundo, sobre todo en lo que se refiere a lo más avanzado del pensamiento, las ciencias y las tecnologías contemporáneas.

Este artículo igualmente cuenta con una amplia bibliografía sobre el tema.

FRANCISCO JAVIER HARO